

Otara, Auckland, Nueva Zelanda

A esta intervención urbana instigada por Juan Castillo quisiera agregar una nota a pie de página, para intentar situar el caso particular que involucra ejercer este corte en la isla mayor de Oceanía, Aotearoa, “La tierra de la larga nube blanca”, en lengua maorí. Desde aquí se hace necesario pensar en una geografía de la insularidad, en donde yacen dispersos los depósitos dejados por la Bretaña imperial. Hay que detenerse en marginalidades polinesias que desplazan insistentemente el centro estético-epistemológico en el que gravitan los restos casi nostálgicos, aunque dominantes, de una herencia inglesa.

Minimal Baroque es una intervención que pareciera sumarse a esta agenda artística de trazar espacios de fuga para ciertos saberes mínimos, haciéndoles cruzar el seno del orden hegemónico, si por saberes mínimos entendemos aquéllos borrados, marginados, olvidados o despreciados por la arrogancia moderna eurocéntrica. Mejor aún, es posible evaluar esta intervención en el sentido adorniano y pensar que se trata de una “mínima moralía”, una ética que por haber permanecido al margen del monumentalismo occidental que instaló la atrocidad del totalitarismo, le ha sido posible continuar siendo una ética otra, desplazada, y por lo mismo apta para resistir, no sólo la globalidad homogeneizante, sino además las múltiples y variadas estrategias para cooptar y transformar este margen en un remedo de nuevo centro.

Comparto la afirmación de Castillo de que la globalización crea “homogeneidades técnicas”, si en técnicas incluimos los mecanismos de producción en cadena de mercancías y mentalidades, de estructuras seriadas para pensar y pensarse. Sin embargo, en este contexto en que ya no se es reflexivo sino reflectivo, en la medida en que cada sujeto no se sostiene en la profundidad (de un tiempo o de un espacio), sino en ser el reflejo interminable de uno y lo mismo en un aquí y un ahora, en tal escenario tecnificado, Minimal Baroque interroga a habitantes de Otara para extraerles su noción de arte, lo que por supuesto equivale a inquirirles sobre su moralía, una que Castillo ha elegido describir como barroca, apelando quizás al sentido original no canonizado del término, cuando denotaba una rareza bella en su imperfección. Frente a la hegemonía de una ética/estética del cosmos y la “perfección”, la que ahora es interrogada ha sobrevivido como una otredad extrema, por lo tanto no ha podido permanecer sino como “mínima”.

Otara es el mismo suburbio que sirve para exponer la dureza de la vida maorí en el film *Once were warriors* (Alguna vez fueron guerreros), penosamente mal nombrado en castellano como *El amor y la furia*, traducción que traiciona su sentido reflexivo, de memoria y tributo de la herencia guerrera maorí convirtiéndolo en hojarasca para sólo así hacerlo entrar en el mercadeo mediático. En fin, en Otara, el suburbio de Auckland que aglutina una globalidad de los márgenes, fuera de toda ortodoxia primer mundista, en la medida en que se distancia y excede el ghetto habitado por africanos, latinos, asiáticos y musulmanes desplazados, para reunir además habitantes de puntos del medio del Pacífico cuyas lenguas, culturas y epistemologías existen sólo como lo exótico, demasiado mínimas para ser incluso minorías.

En esta Babel polinésica hablan adultos, jóvenes y niños, madres, artistas y trabajadores sociales, y lo hacen en lenguaje samoano, tongano; habla el emigrado de Fiji, el de las Islas Cook y las Nuei, sin descontar al pakeha, o winka en la traducción mapuche, el australiano, e incluso el trasplantado de Liverpool. Luego de declarar su origen geográfico y cultural y responder a la interrogante sobre el significado del arte recurriendo con igual solvencia tanto a la lengua materna como al inglés, entendemos que en esta plurivalencia de códigos, ellos son con propiedad los verdaderos sujetos globales, guardianes de un saber propio y traductores privilegiados que a fuerza de ser partícipes en lo hegemónico, cruzan las tradiciones y los tiempos para seguir siendo, no obstante, los portadores de saberes “mínimos”. Lo que queda de las múltiples respuestas a la interrogante ética/estética son aseveraciones tales como: “una expresión de nuestro ser más profundo y de todo aquello a lo que nuestro ambiente nos ha llevado a ser”, “expresiones de la mente y el entendimiento”, “lo que somos como sujetos, como pueblos y culturas, para compartir ideas, culturas e identidades”, “todo es arte, la manera de llevar la ropa, las marcas, los espectáculos, el graffiti”, “el arte es un trabajo, es hacer con ideas, con hechos, con formas y experiencias”, “en mi comunidad el arte es un estilo de vida, se respira, está en todas partes”, “el arte es cantar, bailar, tejer, pensar, crear una visión, ser parte de una comunidad, usar las materias primas de tu espacio natural, parte del auto-desarrollo, del crecimiento, un talento que se puede pasar a otros, que se comunica”, “la palabra arte en su traducción (del inglés) viene con su propia ideología, no traduce lo que creatividad significa en las culturas del Pacífico, su propio contexto epistemológico . . . el arte está abierto a interpretación y es una manifestación de la conciencia. Es para el que tiene las agallas de asumir la responsabilidad de traducir y mostrar a una audiencia lo que es como una suerte de conciencia social . . . para expresar dónde estamos, qué somos, hacia dónde vamos”.

De modo paradigmático, el camión que porta la proyección de los retratos parlantes abandona el suburbio, el espacio acotado de esta comunidad minimizada, para cruzar la ciudad haciendo de ésta una voz pública, publicitada, que interviene en el lenguaje sonoro y visual de la urbe hegemónica en donde lo que priva es la frase mil veces reflejada en el espejo publicitario, la imagen caucásica de celebrities que transmiten su ética del éxito, compeliendo al consumo como garante de individualidad e identidad. Y el recorrido concluye allí, en uno de los lugares en donde se asienta el saber institucional: el Auckland War Memorial Museum. De este modo, en esta globalización en donde las mercancías trafican con total ligereza, y los cuerpos se mueven legal o clandestinamente a través de las fronteras naturales y fabricadas, los saberes también se deslizan, pero permanecen contenidos bajo los mismos lindes ideológicos de siempre, en las instituciones que regulan el saber y las memorias. Es el arte el que los hace audibles, visibles, apenas apreciable por nuestro aculturado entendimiento, para al menos poder decir que estamos frente a un Minimal Baroque.

Walescka Pino-Ojeda

The University of Auckland

New Zealand